

dos del general Harispe, jefe de estado mayor de Murat, iban con sus exhortaciones extinguiendo las últimas chispas de la insurrección, y pidieron también, consiguiéndolo al punto, que cesasen los fusilamientos que mandaba la comisión militar instalada en Correos (1).

Aquella jornada fatal, que iba á causar en toda España un sacudimiento terrible, produjo el efecto inmediato de refrenar al populacho de Madrid, quitándole la temeraria confianza que tenía en sus fuerzas, y enseñándole que nuestros reclutas, conducidos por oficiales veteranos, eran invencibles para los feroces lugareños españoles, como lo fueron en breve en Essling y Wagram para los soldados más aguerridos de Europa. El infante D. Antonio, que en la junta de la víspera no había sido de los fautores de la sedición y que hasta parecía intimidado por la vana jactancia de los partidarios de la resistencia, dijo aquella misma noche á Murat con el tono de un hombre que respira al cabo de una larga fatiga. «¡Ya por fin no se empeñarán en sostener que unos paisanos armados con cuchillos pueden hacer frente á cualquier tropa reglada!» En efecto, la consternación en el pueblo de Madrid era profunda, y en su propensión á abultar las cosas estaba firmemente convencido de que los muertos y heridos pasaban de muchos miles; sin embargo, los sediciosos apenas habían perdido cuatrocientos hombres, y los franceses unos ciento todo lo más. Pero como el terror exagera los números, aquella jornada llegó á adquirir una importancia moral muy superior á su resultado material. Ya podía Murat atreverse á todo. Al día siguiente, no sólo hizo salir al infante D. Francisco, sino también á la reina de Etruria, á su hijo y al mismo infante D. Antonio, que participaba de todos los sentimientos de los insurrectos, aunque no de su energía, y que se holgaba mucho de poder ir á Bayona en busca de lo que estaba allí re-

(1) El historiador á quien traducimos pinta como francés el cuadro funesto del 2 de mayo. Cada párrafo de su relato merecía en rigor un severo correctivo, que hemos omitido por no interrumpir á cada paso la atención de los lectores, y porque consideramos que, testigos quizás muchos de ellos de aquellas sangrientas escenas, y familiarizados otros con narraciones más verídicas de nuestros historiadores, entre los que señaladamente contamos á los señores conde de Toreno y Alcalá Galiano (V. *Historia de España* de Dunham arreglada por éste), no necesitan esta crítica minuciosa, y sabrán apreciar en su justo valor los apasionados asertos de Mr. Thiers. Diremos no obstante á los lectores menos versados en la historia de nuestro glorioso levantamiento por la independencia nacional, que los franceses consumaron en el vecindario de Madrid sangrientas y bárbaras matanzas después de haberle prometido la pacificación y el completo olvido de lo pasado; porque cuando ya todos los que habían tomado parte en la refriega se habían recogido á sus casas en la seguridad de que se cumplirían religiosamente las promesas de Murat, anunciadas por boca del general Harispe y de los ministros Ofarril y Azanza, cuando ya el pueblo de Madrid había depuesto las armas y permitido á los franceses que ocuparan todas las encrucijadas con cañón y mecha encendida, muchos vecinos tranquilos fueron traidoramente asaltados por sus enemigos en las calles so pretexto de llevar armas escondidas, y arcabuceados en la Puerta del Sol y dentro de la misma iglesia de la Soledad, que se vió profanada con sangre inocente. La comisión militar francesa sin oír ni ver á los supuestos reos los enviaba en pelotones á perecer al Retiro y al Prado. No satisfechos los invasores con la sangre que derramaron durante toda la noche, continuaron en la mañana siguiente el bárbaro estrago, para cuya ejecución señalaron la montaña del Príncipe Pío. Finalmente, los franceses en aquellos dos tremendos días cubrieron al vecindario de Madrid de luto y desolación, y á su hasta entonces invicto caudillo de baldón eterno, de oprobio y de ignominia. (N. del T.)

servado para todos los príncipes de España, á saber, la destitución y el sosiego. Consintió el infante D. Antonio en partir inmediatamente, y abandonó la presidencia de la Junta de gobierno sin avisarlo siquiera. Acababa de recibir Murat el decreto de Carlos IV confiéndole la lugartenencia general del reino. Convocó la Junta, hizo que se le aceptase por su presidente en lugar del infante D. Antonio, y desde entonces quedó revestido con todos los poderes de la corona. Instalóse en palacio, ocupando la habitación del príncipe de Asturias, y volviendo á su tono acostumbrado en su correspondencia con Napoleón, le escribió que los españoles habían agotado toda su resistencia con la jornada del 2 de mayo, que no había ya más que designar el rey que se les destinaba y que este rey reinaría sin el menor obstáculo. En varias de sus cartas había ya dicho, como citando un hecho sin reflexión alguna, que los españoles, impacientes por salir de su larga y penosa ansiedad, exclamaban á menudo: «Corramos al gran duque de Berg, y proclamémosle rey!» Algo sin embargo había de cierto en esas locas ilusiones, porque en caso de adjudicarse un rey francés, á ninguno hubiera aceptado el pueblo español más fácilmente que á Murat, por su renombre militar, su cortesanía, su jactancia meridional y su presencia en Madrid.

Las noticias de Madrid llegaron á Bayona el día 5 de mayo á las cuatro de la tarde. Al punto que le fueron comunicadas, vió Napoleón en ellas el modo de producir el sacudimiento que necesitaba para terminar aquella especie de negociación entablada con los príncipes de España. Pasó al punto á ver á Carlos IV, con el parte de Murat en la mano, fingiendo una cólera que en realidad no abrigaba por aquellas vísperas sicilianas que habían querido ensayar en Madrid. Mucho quería á sus soldados; pero cuando era hombre que sacrificaba diez ó veinte mil en una jornada, mal podía dolerle la pérdida de un centenar mediando un interés de tanta monta como la conquista del trono de España. Sin embargo, delante de los reyes padres se hizo el encolerizado, llenándolos de espanto por estar á la sazón pendientes de su capricho. Fueron al punto llamados los infantes, y Fernando VII el primero, y así que entraron en el cuarto de sus padres, fueron apostrofados á un mismo tiempo por el padre y por la madre con la mayor dureza. «¡Mira lo que has hecho!, dijo Carlos IV á Fernando VII...; ha corrido la sangre de mis vasallos y también la de los soldados de mi aliado y amigo el gran Napoleón. ¡Cuántas calamidades no habrías tú atraído sobre España á no ser tan generoso el vencedor de quien dependemos! He aquí las consecuencias de lo que tú y los tuyos habéis maquinado para gozar prematuramente de una corona que tenía yo tanta ansia como tú de colocar en tu cabeza. Has desencadenado al pueblo y ya nadie puede dominarle. Despójate de esa corona demasiado pesada para tus sienas, y entrégasela al único que es capaz de llevarla.» Mientras profería estas palabras el anciano rey, condenado á tan vergonzosa comedia, agitaba en su mano una caña con puño de oro, que le servía para apoyarse por causa de sus achaques, y todos los asistentes creían que trataba de amenazar á su hijo. No bien acabó el padre, la vetusta reina, con una cólera que nada tenía de fingida, se precipitó sobre Fernando, le colmó de injurias, le echó en

cara que era un mal hijo, que había querido destronar á su padre y deseado asesinar á su madre, que era un falso, un pérfido, un vil sin entrañas... Fernando VII aguantaba todos aquellos apóstrofes inmóvil, con los ojos bajos y con una especie de insensibilidad estúpida, sin responder una sola palabra, sin protestar ni defenderse. Varias veces se acercó á él su madre interpellándole con la mano levantada y le dijo: «¡Así has sido siempre! No te hemos hecho jamás tu padre y yo exhortaciones en tu propio interés que no te hayas callado, recibiendo nuestros consejos silencioso y lleno de rencor... ¡Responde á tu padre, á tu madre, á nuestro amigo y protector el gran Napoleón!» Y el príncipe, siguiendo impasible, no desplegaba los labios más que para afirmar que nada tenía que ver con los desórdenes del 2 de mayo. Confuso Napoleón con semejante escena, y sin saber qué hacerse, á pesar de que su resultado no podía menos de ser la solución ansiada, dijo á Fernando con tono seco é imperioso que si aquella misma noche no restituía la corona á su padre, se le trataría como hijo rebelde, autor ó cómplice de una conspiración que con las jornadas del 17, 18 y 19 de marzo había puesto al legítimo soberano á pique de perder la corona. Retiróse en seguida á esperar en Marac al príncipe de la Paz, para concluir con él un arreglo definitivo bajo el influjo de los acontecimientos de Madrid. «¡Qué madre!, ¡qué hijo!», exclamó al entrar en Marac, dirigiéndose á los que le rodeaban. «Ciertamente el príncipe de la Paz es un hombre adocenado; y sin embargo, todavía él era el personaje menos inepto entre todos los de esa corte degenerada. Háblase propuesto él la única idea racional, idea que hubiera podido producir grandes resultados si se hubiese llevado á cabo con valor y resolución, cual era la de ir á fundar un imperio español en América, salvando en él la dinastía y la parte más floreciente del patrimonio de Carlos V. Pero no podían ellos emprender cosa alguna noble y elevada. Los padres con su inercia y el hijo con su traición han frustrado ese designio, y ahora se denuncian unos á otros á la potencia de que dependen.» Habló después Napoleón largo tiempo y con grande elocuencia sobre la vasta cuestión de la América, de la España y de la traslación de los Borbones al imperio de las Indias. Después de juzgar á los demás, se juzgó á sí mismo, añadiendo estas palabras: «Bien sé que desde cierto punto de vista lo que estoy haciendo está mal hecho; pero la política exige que no deje á mis espaldas, tan cerca de París, una dinastía enemiga de mi familia.»

Aquella noche fué á Marac el príncipe de la Paz, y los resultados que Napoleón ambicionaba por medios tan reprobables se consignaron en el siguiente tratado, que firmaron el mismo príncipe de la Paz y el gran mariscal Duroc.

Carlos IV, reconociendo la imposibilidad en que estaban él y su familia de asegurar la tranquilidad de España, cedía la corona, de que se declaraba legítimo poseedor, á Napoleón, para que éste dispusiera de ella como mejor le conviniese. Cedíala bajo estas condiciones:

1.<sup>a</sup> Integridad del territorio de España y de sus colonias, del cual no pudiera cederse parte ninguna.

2.<sup>a</sup> Conservación de la religión católica como culto dominante, con exclusión de todos los demás.

3.<sup>a</sup> Entrega á Carlos IV del palacio y bosque de Compiègne por toda su vida y del palacio de Chambord á perpetuidad, además de una pensión de treinta millones de reales (siete millones quinientos mil francos) pagados por el tesoro francés.

4.<sup>a</sup> Pensiones proporcionadas para todos los príncipes de la familia real.

Volvió Fernando VII á su alojamiento, ilustrado por fin acerca de su situación y de la firme voluntad que Napoleón abrigaba, no ya de intimidarle solamente, sino de destronarle. Sus consejeros también quedaban desengañados. Uno solo entre ellos, que era el canónigo Escoiquiz, á pesar de no ser el menos honrado, dió á su soberano el poco digno consejo de aceptar la corona de Etruria, sin duda para que Fernando fuese rey á toda costa, y él á toda costa preceptor de un rey. Los demás juzgaron con razón que aquello equivalía á declarar á la España que no era preciso ya pensar en Fernando, puesto que aceptaba una corona extraña en resarcimiento de la que se le quitaba. Aceptar tan sólo una pensión por vía de alimentos les parecía manifestar como que se le había violentado; que protestaba contra la violencia, y que por último no apartaba su pensamiento de la España, y era por lo tanto digno de que ésta pensase en él.

Firmó, pues, también Fernando VII un tratado por el cual le aseguraba Napoleón el Castillo de Navarra en plena propiedad, un millón de francos de renta y además cuatrocientos mil francos para cada uno de los infantes, mediante su común renuncia á la corona de España.

Dos castillos y diez millones anuales venían á ser el precio que debía satisfacerse, al padre y á los hijos, por la soberbia corona de España: precio bien módico y vulgar en verdad, pero que reclamaba como terrible complemento, ignorado entonces, seis años de una guerra abominable, la muerte de muchos centenares de miles de soldados, la división funesta de las fuerzas del imperio y una mancha indeleble para la gloria del conquistador. Napoleón, que obcecado por su poderío no veía las consecuencias de tan funesto pacto, se apresuró á cumplir sus condiciones. Recobrando con aquel feliz principio su natural generosidad, expidió órdenes para que se tratase con todos los miramientos posibles á la familia que acababa de caer á los embates de su política, como otras tantas caían á los golpes de su espada. Encargó al príncipe Cambaceres que cuidase de recibir á los reyes padres, y mientras se acababa de disponer todo lo necesario en Compiègne, quiso que fuesen á Fontainebleau á hacer la primera prueba de la hospitalidad francesa, por ser aquella una residencia que debía agrandar á Carlos IV más que otra alguna. Destinóles para que les hiciese compañía al anciano y afable archicanciller como el más adecuado á su genio. Por otra parte, aquella era la primera noticia que daba de los negocios de España á este grave personaje, á quien no se atrevía ya á hablar de los proyectos que podían merecer la censura de un político tan prudente como fiel. Asignó á los príncipes jóvenes la fortaleza de Valençay como residencia, mientras se disponía la de Navarra, y por acompañante al príncipe de Talleyrand, personaje tan astuto como disipado, que había adquirido hacia poco la propiedad de aquella misma fortaleza por un

acto de la munificencia imperial. Napoleón, que llevaba á cabo con toda la dulzura propia del siglo diez y nueve una política digna de la refinada astucia del décimo quinto, le escribió la siguiente carta:

«AL PRÍNCIPE DE BENEVENTO.

»Bayona, 9 de mayo de 1808.

»El príncipe de Asturias, el infante D. Antonio, su tío, y el infante D. Carlos, su hermano, salen de aquí el miércoles, se detienen el viernes y el sábado en Burdeos, y llegarán al otro miércoles á Valençay. Encuentrese usted allí el lunes por la noche. Va en posta mi gentilhombre de Tournoń á prepararlo todo para recibirlos. Cuide usted de que ahí no les falte ropa de cama y de mesa ni batería de cocina... Irán acompañados de ocho ó diez personas que componen su servidumbre de honor y de unos veinte criados. Comunico la orden oportuna al general que desempeña las funciones de primer inspector de la gendarmería de París, para que se traslade allí, y organice el servicio de vigilancia. Deseo que los príncipes sean recibidos sin aparato exterior, pero con cordialidad é interés, y que usted haga cuanto pueda para distraerlos. Si hay teatro en Valençay no será malo que contrate usted para él una compañía de actores. También podría usted llevar allí á madama Talleyrand con otras cuatro ó cinco damas. No habría inconveniente en que el príncipe de Asturias se prendase de alguna mujer bonita, sobre todo estando seguro de ella. Tengo el mayor interés en que dicho príncipe no cometa ninguna indiscreción. Deseo, repito, que esté divertido y ocupado. La política común, siempre recelosa, exigiría que se le encerrase en Bitche ó en alguna fortaleza: pero como se ha entregado en mis brazos y me ha prometido no hacer nada sin mi anuencia, y todo va en España á medida de mi deseo, he tomado el partido de enviarle á una casa de campo rodeándole de placeres y vigilando sus actos. Con que esto dure todo el mes de mayo y parte de junio, los negocios de España tomarán algún giro, y entonces veremos el partido que convenga tomar.

»En cuanto á usted, su comisión no deja de ser honrosa: recibir á tres ilustres personajes para proporcionarles diversiones, es cosa adecuada al carácter de la nación y á la índole de su empleo.»

Alejóse Carlos IV de la frontera de España con el corazón profundamente contristado, porque se despedía de su suelo natal, del trono y de los hábitos que le habían hecho siempre feliz, del modo que él podía serlo. Pero las pasiones populares cuyo primer estremecimiento había experimentado le habían consternado de tal manera, tanta amargura le habían causado las divisiones intestinas de su familia, que se consolaba de su caída con la idea de hallar en Francia la seguridad, la calma, un retiro opulento, los ejercicios religiosos y las deliciosas cacerías de Compiègne. Su esposa, desesperada de perder el trono, conseguía también un buen desquite, pues lograba, en primer lugar su venganza y además tener seguro á su lado al príncipe de la Paz y disfrutar una pingüe renta. Fernando VII, que había pasado de una obcecación estúpida á un verdadero terror, estaba lleno de pesadumbre, ¡quién lo creyera!

por haber enviado á la Junta de gobierno, en contestación á las preguntas de ésta, la orden secreta de convocar las cortes, de soliviar al pueblo español en masa y de hacer á los franceses una encarnizada guerra. Temía que su cumplimiento exasperase á Napoleón y pusiese en peligro su persona, su dotación y la tierra de Navarra. Despachó un mensajero recomendando á la Junta la mayor prudencia, y mandó que no se propasase á ningún acto de que pudieran resentirse los franceses. Ni se limitó á esta sola precaución; pues no bien se vió en el camino de Valençay, escribió á Napoleón pidiéndole por esposa una de sus sobrinas, y para no olvidar á su preceptor Escoiquiz, reclamó para él la confirmación de dos mercedes reales que le había otorgado sucediendo á sus padres, y que consistían, la una en la gran Cruz de Carlos III y la otra en los honores de consejero de Estado; por donde se ve claramente cómo las mismas víctimas de la ambición de Napoleón se encargaban de desvanecer todos sus remordimientos y todo el interés del público.

Dueño Napoleón de la corona de España, se apresuró á darla. Creyó que esta corona, la más grande de todas las que tenía á su disposición después de la de Francia, debía pertenecer á su hermano José, rey en la actualidad de Nápoles, pacífico y bienquisto. Dejábase llevar Napoleón al hacer esta elección primeramente por el afecto, porque quería á José más que á ninguno de sus hermanos; además por cierto respeto á la jerarquía, porque José era el mayor de todos; y por último, porque tenía en él más confianza que en los otros. Creía á Jerónimo lleno de abnegación, pero demasiado joven; á Luis honrado, pero tan exacerbado por sus males, por sus disgustos domésticos y por su orgullo, que le consideraba abonado para las más lastimosas terminaciones. En cuanto á José, aunque le echaba en cara su mucha vanidad y mollicie, le tenía por sensato, pacífico y muy devoto de su persona, y no quería confiar á nadie más que á él el importante reino situado tan cerca de Francia. No fué esta elección el menor de los yerros cometidos en el fatal asunto de España: José no podía trasladarse á Madrid antes de dos meses, y este lapso de tiempo iba á decidir de la sumisión ó del levantamiento de toda España. Era además hombre débil, inactivo, poco militar y que no se hallaba en estado de mandar y de imponer respeto á los españoles. Murat, que se hallaba en Madrid, era el más acepto á los naturales; el que por la prontitud de sus resoluciones podía sofocar mejor la insurrección que amenazaba; el que por el hábito de mandar al ejército en ausencias de Napoleón, sabía mejor hacerse obedecer de los generales franceses; Murat, en suma, era el que debía haberse destinado á reprimir y granjearse á los españoles. Pero Napoleón no tenía confianza sino en sus hermanos; miraba á Murat como un mero aliado; desconfiaba de su ligereza y de la ambición de su mujer, aunque era su propia hermana, y no quiso concederle más que el reino de Nápoles.

Escribió, pues, á José en estos términos: «El rey Carlos, en virtud del tratado que he celebrado con él, me cede todos sus derechos á la corona de España... Yo te destino esta corona. El reino de Nápoles no es comparable con la España: la corona de este país comprende once millones de habitantes, más de ciento cin-

cuenta millones de rentas y la posesión de todas las Américas. Esta corona además te establece en Madrid, á tres jornadas de la Francia, y cubre enteramente una de sus fronteras. Estando en Madrid estás en Francia, al paso que Nápoles es un rincón del mundo. Deseo, pues, que al punto que recibas esta carta, dejes la regencia á quien mejor te parezca y el mando de las tropas al general Jourdan, y te pongas en camino para Bayona por la vía más corta de Turín, Monte-Cenis, Lyon, etc. Conviene que guardes el secreto; demasiado se maliciará.» Etc.

Tal era el modo sencillo y expedito con que se daba en aquella época hasta la misma corona de Carlos V y Felipe II.

Escribió Napoleón á Murat informándole de lo que acababa de suceder en Bayona y anunciándole la elección que de su hermano José había hecho para reinar en España, y vacancia del trono de Nápoles, que agregado al del reino de Portugal (puesto que el tratado de Fontainebleau desaparecía con Carlos IV), permitía la opción entre dos tronos vacantes. En este mismo despacho propuso Napoleón á Murat que eligiese el que quisiera de estos dos; pero aconsejándole que prefiriese el de Nápoles, porque debiendo los proyectos marítimos que meditaba asegurarle la posesión de la Sicilia, este reino llegaría á ser como en otro tiempo de seis millones de habitantes. Previóle entretanto que se revistiese en Madrid de poderes omnímodos, que los maneja con toda energía, que comunicase á la Junta de gobierno y á los Consejos de Castilla y de Indias las renunciaciones de Carlos IV y de Fernando VII, y que hiciese que aquellas corporaciones pidiesen á José Bonaparte para rey de España.

Difícilmente se formaría idea de la sorpresa y del dolor de Murat al saber la elección, tan natural sin embargo, en que Napoleón acababa de fijarse. El mando de los ejércitos franceses de la Península, convertido en lugartenencia general del reino, había sido para él un presagio seguro de su elevación al trono de España. El desvanecimiento de sus esperanzas fué para él un golpe que hirió profundamente su alma y hasta su robusta constitución, como veremos en breve. La hermosa corona de Nápoles con que Napoleón quería fascinarle, no podía consolarle, y hasta se le representó como una desgracia amarga. Abstúvose, sin embargo, de demostrarle el menor descontento, tan sometido estaba á su omnipotente cuñado; pero al contestarle, observó sobre este asunto un silencio que probaba demasiado lo que verdaderamente sentía, y franqueándose con Mr. de Laforet, que poseía toda su confianza, le confió la gran pesadumbre que le agobiaba. Mr. de Laforet, antiguo ministro en Berlín, acababa de substituir á Mr. de Beauharnais, injustamente separado por las torpezas que había cometido, y que cualquiera otro, por hábil que fuese, hubiera cometido igualmente en su falsa posición.

Pero todavía quedaba en favor de Murat la posibilidad de que no aceptase José la corona de España, ó que las mismas dificultades de la transmisión á un príncipe que se hallaba tan lejos de Madrid, que no tenía en sus manos las riendas de la administración española, hiciesen á Napoleón cambiar de parecer. Recobróse, pues, un tanto de su primera y dolorosa impresión, concibió una vislumbre de esperanza y trabajó sinceramente

para llevar á cabo las órdenes que había recibido. La Junta de gobierno, que ya no presidía el infante D. Antonio y que, según hemos visto, se había aumentado con algunos miembros del Consejo de Castilla y de Indias, era naturalmente adicta á Fernando VII, porque los hombres que la componían eran españoles de corazón; pero andaban irresolutos, sin saber qué partido tomar que fuese más conveniente á su país. Como españoles, repugnábales renunciar á la antigua dinastía que por espacio de un siglo venía reinando en España, y que se hallaba tan identificada con el país como si



Carolina Bonaparte, esposa de Murat

descendiese directamente de Fernando é Isabel. Corroboraba esta adhesión la energía de las pasiones del pueblo, que, estimulado por su odio á los extraños y por su rencor al favorito, al ver en Fernando VII la víctima de éste ó de aquéllos, tendía por todas partes á sublevarse. Al mismo tiempo contenían el temor, de que participaban todas las personas ilustradas, de que, si se oponía resistencia á los franceses, se convirtiese la España en campo de batalla de los ejércitos europeos, entrando en la liza un populacho bárbaro y fanático con grave daño para todos los hombres de bien, y sacudiendo por fin las colonias el yugo de la metrópoli ó entregándose á los ingleses. Tal era el conflicto y la lucha de sentimientos que hacía titubear á la Junta y agitaba el bien de su país. Cuando el corazón vacila, vacila también la conducta: por eso en aquellas graves ocurrencias, así la Junta como las clases ilustradas adoptaron un camino equívoco y un paso incierto. Al recibir las renunciaciones de Carlos IV y de Fernando VII, y las declaraciones en cuya virtud relevaban estos príncipes á los

españoles de su juramento de fidelidad, los individuos de la Junta, á pesar de estar convencidos de que dichas renunciaciones habían sido arrancadas por la fuerza, se dispusieron á doblegarse ante un destino superior. Acabaron de confirmarles en esta predisposición las recientes recomendaciones de Fernando VII, que los amonestaban á abstenerse de toda medida imprudente. Sin embargo, hubo entre ellos un momento de dolorosa incertidumbre cuando recibieron de mano de un mensajero secreto, que se había retrasado mucho al penetrar en Castilla, la respuesta á las preguntas anteriores de la Junta sobre si deberían reunirse en otro punto que en Madrid, convocar las cortes y hacer á los franceses una guerra nacional. La primera respuesta, como recordará el lector, había sido afirmativa, y fechada en la mañana del día 5 de mayo, un poco antes de la escena que había tenido lugar en el cuarto del rey padre, y que había decidido las renunciaciones.

Después de reflexionar maduramente, considerando los individuos de la Junta que lo que había pasado posteriormente entre el padre y el hijo había cambiado de todo punto la faz de las cosas, y había movido al mismo Fernando VII á dimitir su potestad y á aconsejar la prudencia, determinaron no deberse tomar en consideración las órdenes anuladas por resoluciones posteriores, y presentándose á Murat enteramente resignados, se declararon dispuestos á obedecer su autoridad y á reconocer al rey que les destinase Napoleón. Los que, como el marqués de Caballero, por ejemplo, adoptaban por convicción ó por interés la idea de un cambio de dinastía, se mostraban dispuestos á servir de un modo activo al nuevo rey, sobre todo si era Murat el que había de recibir la investidura.

Murat, sin embargo, se proponía conseguir de ellos una cooperación más eficaz que la puramente pasiva. Había recibido la orden de procurar que la demanda formal de José Bonaparte para rey de España emanase del seno mismo de la Junta y del Consejo de Castilla é Indias; pero era demasiada exigencia, tan superior á la debilidad de los unos como al interesado cálculo de los otros. Lo más que de ellos podía esperarse era dejar que declinasen los derechos de la casa de Borbón, sin cargar con la responsabilidad del cambio de dinastía. Comprometerse por un príncipe nuevo, siempre que esto se verificase á su misma presencia como medio de adquirir así su gracia, hubiera podido convenir á los ambiciosos; pero ni siquiera éstos podían avenirse á arriesgar su posición por un príncipe ausente y desconocido, que no era testigo del ardor que se emplease en su servicio.

Así, pues, Murat los encontró á todos desanimados cuando propuso á la Junta que se concertase con el Consejo de Castilla é Indias sobre el modo de llamar á José Bonaparte al trono. Expusieron algunos sus temores y otros su poco celo por los intereses de un rey ausente; y aunque esto no podía menos de lisonjear los secretos deseos de Murat, puesto que era evidente que la iniciativa de las autoridades españolas hubiera sido menos difícil de conseguir si se hubiera tratado de su persona, ó porque era bienquisto ó porque se hallaba presente, sin embargo no dejó de insistir con toda energía en que las autoridades españolas se prestasen á lo que de ellas se exigía.

Los Consejos de Castilla é Indias, que, según hemos apuntado, correspondían bajo cierto aspecto á lo que eran antiguamente en Francia los parlamentos, habían procurado siempre extender todo lo posible su competencia. Pero en esta ocasión, lejos de quererla dilatar, alegaron por el contrario sus angostos límites, declarando contra la pretensión de que llevasen su mano á los sagrados derechos del trono y decidiesen si esta dinastía se había hecho digna de cesar y aquella de entronizarse. No obstante, después de numerosas y activas negociaciones, cuyo intermediario fué el marqués de Caballero, los Consejos de Castilla y de Indias acordaron una declaración, reducida á que, en caso de que Carlos IV y Fernando VII hubieran definitivamente renunciado sus derechos, el soberano que creían más capaz de hacer la felicidad de España era el príncipe José Bonaparte, que con tanta prudencia reinaba en una parte del antiguo patrimonio español, cual era el reino de Nápoles. De este modo los Consejos no asumían la responsabilidad de pronunciar sobre los derechos de Fernando VII y de Carlos IV, y se limitaban, en caso de vacar positivamente el trono, á demostrar una preferencia que no venía á ser en suma otra cosa más que una prueba de alto respeto hacia uno de los príncipes más estimados de la familia de Bonaparte.

Comunicó Murat este resultado á Napoleón sin ocultarle el trabajo que le había costado conseguirlo y los obstáculos especiales que se oponían á la aceptación de un candidato ausente. Fácil era entrever la secreta satisfacción que experimentaba al ver suscitarse entre la candidatura del príncipe José objeciones que podían contribuir á establecer la suya. Napoleón, aunque no tenía costumbre de usar con él contemplaciones, no quiso sin embargo exasperarle en un momento en que tanto necesitaba de su celo, y se contentó con dirigir á Mr. de Laforet la más cruel é injusta reprimenda, diciéndole: «que se le había puesto al lado de Murat para que le diera consejos útiles y prudentes y no para lisonjear sus inclinaciones; que las vacilaciones que se notaban en Madrid sólo provenían de la flojedad con que se había procedido con las autoridades españolas; que el gran duque de Berg alimentaba la esperanza de reinar en España y que esto se traslucía en su conducta; que aquella era una ilusión de que convenía desengañarle, porque nadie en España soñaba en pedirle para rey; que nadie podía olvidar que él había sido el autor de toda la trama que acababa de producir el desamparo verificado por la familia caída y el general que había mandado el cañoneo del 2 de mayo; que sería mucho mejor recibido que él un príncipe extraño á todos aquellos actos, exento de toda sospecha de intrigas ó de rigor, y que la recompensa de los servicios prestados por el príncipe Murat debía ser el reino de Nápoles, destinado á quedar vacante por el mismo éxito feliz de lo que se hacía en Madrid.» Esta reprimenda, dirigida á Mr. de Laforet expresamente para que llegase á noticia de Murat algo de su contenido, era para este último un pago muy cruel de la complacencia con que había cooperado á una maquinación tan odiosa: pago triste y cruel, pero bien merecido, porque no deben ser tratados de otro modo los que se prestan á coadyuvar á delitos criminales.

Después de haber anunciado á Murat su descontento

por aquel medio indirecto, juzgó Napoleón que mientras se verificaba la proclamación definitiva de la nueva dinastía, convenía emplear las pocas semanas que iban á transcurrir en preparar la reorganización administrativa de España. Quiso disculpar á los ojos de los hombres políticos de todos los países la acción que acababa de cometer, haciendo un uso acertado y verdaderamente maravilloso de los recursos que ofrecía la España, y fuerza es reconocer que nadie era más capaz que él de hacer olvidar con su modo de reinar un atentado cometido con este fin. Los proyectos que formó y que frustró la España con su fanática al par que generosa resistencia, fueron quizá los más vastos y mejor combinados que concibió en toda su vida.

Empezó primeramente haciendo se le remitiesen á Bayona todos los documentos que poseía la administración española sobre la hacienda, el ejército y la marina. No eran muy abundantes, porque, como queda dicho, las rentas públicas eran un secreto del ministro de Hacienda, que era hechura del príncipe de la Paz. La distribución, del ejército y de la marina, su situación, sus recursos y sus necesidades, eran hechos locales que apenas se sabían en la administración central de Madrid. Al pedir Murat para el emperador un estado de la marina, le presentaron una guía impresa. Pero Napoleón no era hombre á quien se podía contentar con semejantes documentos; envió al ministro de la Guerra Ofarill y al de Hacienda Azanza, personajes de los principales de la Junta, varias muestras de aprecio, y aun algunas lisonjeras oficiosidades, por las cuales podían sin duda prometerse gran favor sobre el nuevo reinado, y les pidió inmediatamente un informe circunstanciado sobre todos los ramos del servicio público. Mandó enviar desde luego ingenieros á todos los puertos y oficiales á todos los principales depósitos de tropas para tener documentos positivos y recientes sobre cada objeto. No estaban los españoles acostumbrados á tanta actividad y á una exactitud tan rigurosa, pero no dejaron de corresponder al impulso de aquella poderosa voluntad, cuyos deseos les transmitía Murat á cada correo, y enviaron á Napoleón un cuadro sobre el estado de la monarquía, del que ya hemos hablado en otra ocasión. Es muy de notar que, al pedirle estos documentos, decía Napoleón á Murat: «Los secretos en primer lugar para las medidas que tengo que dictar; y además para poder mostrar algún día á la posteridad en qué situación he hallado á la monarquía española.» De modo que él mismo conocía que para justificarse necesitaría consignar un paralelo sobre el estado en que había encontrado á España y el estado en que esperaba dejarla. No quería la Providencia vengadora concederle más que la mitad de su justificación.

La primera y más urgente necesidad de la España era el dinero. No tenía Murat con qué pagar á las tropas ni de dónde sacar los fondos indispensables para poner en la mar algunos buques detenidos en los puertos. Fernando VII podía disponer á su advenimiento de cuantiosas sumas metálicas que pertenecían ó á la caja de Consolidación ó al príncipe de la Paz, y de que se había echado mano al intentar la antigua corte su viaje á Andalucía. Hábilas invertido en prodigalidades, y, lo que era más importante, en pagar á los acreedores del Estado parte de la deuda, cosa que les urgía

TOMO VII

sobre manera y que esperaban hacia muchos meses. Esta inversión las había absorbido por completo. Apurado Murat y reducido á servirse para sus gastos personales de las arcas del ejército francés, puso en conocimiento de Napoleón este lastimoso estado de la Hacienda, y le pidió con ahinco un subsidio pecuniario contando con las riquezas que la victoria había puesto en manos de Napoleón. Pero temiendo éste disipar un tesoro que tenía destinado á recompensar al ejército en caso de que la prosperidad continuase, ó á crear grandes medios de defensa en caso de sufrir reveses, le respondió primeramente que no tenía dinero, que era la contestación que daba siempre que se dirigían á él, á no ser cuando se trataba de obras de beneficencia; pero reconociendo después que la España era todavía más pobre de lo que se había figurado, retiró su negativa, y se decidió á socorrerla, sufriendo con esto el primer castigo á que le hacía acreedor su ambición. Sin embargo, no quería que en aquello apareciese su mano, á pesar de ser un beneficio lo que hacía, porque maliciaba que no se pondría grande empeño en satisfacer el préstamo sabiendo que era él solo el acreedor, y por lo tanto imaginó que el Banco de Francia, dando la cara, prestase á España cien millones de reales (veinticinco millones de francos), sirviendo de hipoteca los diamantes de la corona de España que Carlos IV debía haber dejado en Madrid. No habiendo parecido los principales diamantes de resultas de la substraición que había dispuesto la reina madre, no debía haber tenido efecto aquella operación; sin embargo, mandó Napoleón que se hiciese, bajo condiciones muy razonables, que obtuvo del Banco con tanta facilidad cuanto que éste no era más que un testafarro del Tesoro del ejército. Estipulóse secretamente con el gobernador del Banco que Napoleón suministraría los fondos y estaría á todas las eventualidades del préstamo, pero que el establecimiento haría valer todas las precauciones y exigencias de un acreedor que obraba por cuenta propia. Para no perder tiempo, hizo Napoleón poner en el Tesoro de España inmediatamente varios millones por medio de valores que en metálico tenía reunidos en Bayona. Su activa previsión abreviaba de este modo las dilaciones por lo común anejas á todas las transacciones.

Con este primer socorro, tanto más eficaz por cuanto se daba en metálico y no en vales reales (papel creado bajo el príncipe de la Paz (1), que perdía un cincuenta por ciento), proporcionó una paga á cuenta de atrasos á los funcionarios públicos y al ejército; pero reservó casi todo el metálico del subsidio para el servicio de los puertos, que era el que más empeño tenía en reanudar.

Sin temer precisamente una insurrección general en España, atendidas sobre todo las seguridades que prestaba Murat en todas sus cartas, Napoleón desconfiaba del ejército español. Mandó se le diese una distribución, que de haberse ejecutado á tiempo, hubiera precavido

(1) Esto es inexacto: los vales reales fueron creados por Carlos III, y por cierto que su excesiva emisión puede citarse entre los escarmentos económicos contemporáneos de los ensayos hechos en otras naciones adelantadas, como Austria, Prusia, Francia é Inglaterra. Pero como Mr. Thiers quiere á toda costa representar al pueblo español como pueblo primitivo y atrasado en todo, suele con frecuencia ofuscarse por sus preveniciones hasta el punto de no ver nada de lo que repugna á su sistema. (N. del T.)